

30 DÍAS



18 de julio de 1994. Imagen de Mohsen Rabbani tomada por la SIDE

**LA TRAMA DEL
ATENTADO A LA AMIA**

ALEJANDRO RÚA

ALEJANDRO RÚA

30 DÍAS

La trama del atentado a la AMIA

 Planeta

A finales de 2001, siete años y medio después del atentado del 18 de julio de 1994 a la sede de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), fui designado secretario ejecutivo de la Unidad Especial de Investigación creada por el Gobierno Nacional para coordinar la acción de las distintas fuerzas de seguridad y organismos de inteligencia del Estado que podían asistir a las autoridades judiciales en la investigación pendiente del atentado, después de tanto tiempo.

Por cuatro años cumplí esa función. Trabajé para que se levantara toda obligación del Estado de guardar secreto de la información considerada confidencial sobre el peor acto del terrorismo internacional en la historia argentina. El objetivo de mi trabajo también fue que los agentes públicos que habían intervenido en la investigación pudieran explicar, sin restricciones, lo que habían hallado durante sus indagaciones. Además, que se permita el acceso a las investigaciones, las tareas realizadas y la información recolectada por ellos o sobre las que tuvieran conocimiento, ya sea de manera previa, concomitante o posterior al ataque a la AMIA.

Dirigí asimismo las Unidades de Relevación de Información que se constituyeron en los diversos archivos estatales secretos en

procura de la obtención de elementos de interés para el avance de las pesquisas, tanto sobre el atentado de 1994 como del cometido contra la embajada del Estado de Israel en Buenos Aires, dos años antes, el 17 de marzo de 1992.

Hallamos diversos documentos reservados. Todo el material fue puesto a disposición de las autoridades.

Me interesé en seguir actualizado de todo lo que se actuaba en torno a las investigaciones sobre ambos ataques y me mantuve en contacto con los periodistas que atendían cualquier avance en los casos, quienes me aportaron su información.

Varios años después, en 2015, asistí a las víctimas y familiares de víctimas del atentado a la AMIA, agrupadas en la organización Memoria Activa. Lo hice como abogado en el juicio oral y público que se llevó adelante por el encubrimiento del atentado a la mutual judía y el mal desempeño atribuido a los magistrados y jefes policiales y de inteligencia que intervinieron en los primeros años de la investigación.

Para ese tiempo y durante varios años, fui, además, abogado en el proceso penal por la suscripción del frustrado Memorándum con Irán, oficialmente denominado “Memorándum de Entendimiento entre el Gobierno de la República Argentina y el Gobierno de la República Islámica de Irán sobre los temas vinculados al ataque terrorista a la sede de la AMIA en Buenos Aires el 18 de Julio de 1994”. El acuerdo estaba destinado a recibir en Teherán las declaraciones de los acusados iraníes con pedido de captura internacional y respecto de los cuales Interpol mantiene aún sus notificaciones de alerta rojas.

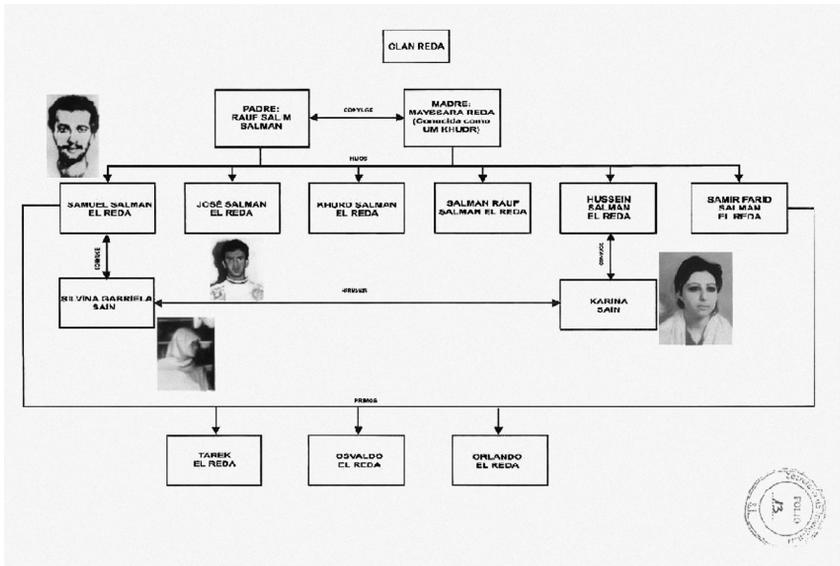
Terminé mi intervención en el caso en noviembre de 2021, veinte años después de aquellas primeras colaboraciones. En los 30 años que pasaron desde el atentado a la AMIA, todos los organismos locales y extranjeros convocados desde el primer día para colaborar en la investigación han ido presentando sus conclusiones definitivas y la información, en mi opinión, se ha ido consolidando.

Las actuaciones de la investigación se acumulan en numerosos expedientes judiciales y los extractos de textos que se han transcritos a lo largo de este relato periodístico, así como las imágenes que ilustran cada capítulo de este libro, corresponden a su voluminoso acervo documental, donde se incluyen los diarios de la época.

El 18 de julio de 1994, cuando explotó la sede de la AMIA, me encontraba en mi casa, en feria judicial. Treinta años más tarde, el trabajo desarrollado me ha permitido presentar la crónica de aquellos 30 días de julio de 1994, que ya puse en consideración de algunas de esas víctimas, con quienes mantengo contacto.

Estos son los 30 días centrales en la trama del atentado terrorista que cambió la historia del país.

1º de julio de 1994
EL REDA



Hacía frío, era viernes, muy temprano por la mañana. El taxi venía bajando por avenida Corrientes, alejándose del barrio de Once. En la radio, Diego Armando Maradona repetía una frase desde Dallas, Estados Unidos, tras el doping positivo que le impediría seguir jugando en el Mundial de Fútbol: “Juro que no me drogué”. Antes de llegar a Callao el taxista tiró el pucho. Paró en la puerta del Hotel Bauen. Un hombre había hecho señas para que frenara. Le pidió ir al aeropuerto internacional.

—¿A Ezeiza?—, pidió confirmación el taxista.

Le dijo que sí y emprendieron un viaje de más de 30 kilómetros.

El hombre que acababa de subirse al auto tenía poco más de treinta años, era delgado, de un metro ochenta y cinco. El pelo oscuro y corto. Ojos también oscuros. Tez mate. Vestía campera de cuero marrón, camisa y pantalón celestes, de jean.

El taxista y el pasajero ensayaron un poco de inglés, intentando comunicarse durante el trayecto. El hombre tenía acento extranjero.

—¿Usted es árabe?

Le dijo que sí. Tenía ascendencia árabe por parte de su madre, pero en realidad era libanés. Dijo que había nacido en Beirut.

El pasajero sacó su teléfono celular y realizó varias llamadas desde el taxi, todas de larga distancia, supuso el conductor, por la cantidad de dígitos marcados. Hablaba en un idioma que el taxista no pudo comprender. Supuso otra vez que era árabe. El chofer quiso saber. El teléfono era “alquilado” en Francia, le explicó.

Llegaron al aeropuerto y el pasajero le anticipó que debía regresar al Hotel Bauen, pero antes, requirió que el taxista lo acompañe a los mostradores para averiguar por un arribo de Lufthansa proveniente de Frankfurt, Alemania. El vuelo estaba demorado.

Esperaban a la esposa del libanés. Estuvieron allí el resto de la mañana. El pasajero le contó que la mujer se llamaba Linda Salamuni, o algo así entendió; era italiana y venía a Buenos Aires a pasear. También le dijo que en ese vuelo vendrían otros conocidos.

Poco después del mediodía, el avión proveniente de Alemania aterrizó en Ezeiza. Junto con la recién llegada, el libanés y el taxista regresaron al vehículo, camino al hotel de la avenida Callao. Durante el viaje, la pareja conversó en aquel idioma indescifrable, que el taxista suponía árabe. Él aprovechó para subir el volumen de la radio y seguir escuchando sobre Maradona. El presidente Carlos Saúl Menem estaba tomando cartas en el asunto. Pediría por Diego, para que pudiera seguir jugando en el Mundial, si Argentina avanzaba.

Llegaron al Hotel Bauen y el pasajero le preguntó si tenía forma de volver a contactarlo, señalando su teléfono celular. Le contestó que no. Entonces, el libanés escribió sus datos en un anotador y lo citó para que regresara por él al día siguiente. A las 14, le pidió. Le dijo que se llamaba Ahmed y que requerirían de sus servicios por los próximos 15 días. Al taxista le alegró el día, el trabajo le venía muy bien.

Aquel 1° de julio de 1994, en Ezeiza, en esa media mañana, había comenzado la fase final de la operación que haría volar por los aires a la Asociación Mutual Israelita Argentina en Buenos Aires, el peor atentado del terrorismo internacional en la historia del país y la región.

Exactamente a las 10:53, el libanés El Reda tomó un teléfono público del espigón internacional del aeropuerto de Ezeiza y marcó once números. La llamada estaba dirigida a un teléfono prepago de la ciudad brasileña de Foz de Iguazú, en la Triple Frontera entre Argentina, Brasil y Paraguay. Aquel teléfono recibió por primera vez una llamada proveniente de Argentina. El destinatario: un fantasma, André Marques, cuyo nombre en Argentina equivaldría a un tal “Juan Pérez”, una cobertura de su identidad real. Era su enlace y a quien El Reda reportará durante toda su misión en Buenos Aires.

Aquella mañana del 1° de julio, también arribará a Ezeiza “el ingeniero”, según estableció la inteligencia israelí. Lo identificó como Malek “Houssam” Obeid, un experto en armado de explosivos, de alto nivel en la estructura de la Jihad Islámica. No habría sido su primera vez en Argentina. Se le atribuye haber preparado la bomba que hizo caer la sede de la embajada del Estado de Israel en Buenos Aires, el 17 de marzo de 1992. También lo responsabilizan por la preparación del coche bomba utilizado en un atentado en Bangkok, frustrado en marzo de 1994, unos meses antes de su nuevo arribo a Buenos Aires.

Junto al ingeniero, también habría ingresado ese día a la Argentina su “ayudante”, Najm El-Din, señalado como un “alumno” de ingeniería de la Organización de Seguridad Exterior de Hezbolá. Ambos entraron al país con documentos falsos, dijeron más tarde los servicios de inteligencia.

Tras reportarse con el teléfono de André Marques a media mañana, antes de abandonar el aeropuerto, El Reda hizo dos nuevas llamadas. Primero marcó otros once números, a la espera de una respuesta del otro lado de la línea, en Foz de Iguazú. Luego, volvió a comunicarse con Marques. Eran las 12:18.

El Reda era alto, delgado. A sus 31 años, todavía conservaba el pelo crespo y oscuro. En sus documentos de identidad, era colombiano, nacido en San Andrés, el 6 de julio de 1965, uno de los seis hijos de Rauf Salim Salman y Mayssara Reda. Llevaba el

nombre Samuel Salman El Reda. Se supo luego que había nacido en Bint Jbeil, al sur del Líbano, dos años antes, el 5 de junio de 1963. Su verdadero nombre es Salman Rauf Salman.

Llegó a la Argentina en 1987, luego de vivir un tiempo en Colombia, donde trabajó en el rubro textil, en un barrio chiíta de Maicao. En Buenos Aires se casó con una joven menor de edad, Silvina Sain, hija de una familia del “barrio turco” de Floresta, donde sus casas bajas albergaban desde hacía más de cien años a la comunidad libanesa.

Silvina, musulmana devota, “fanática”, según los informes de los agentes de inteligencia que la seguían, pertenecía a una de las familias vinculadas al imán iraní Mohsen Rabbani, consejero cultural de la Embajada de Irán y director de la Mezquita At-Tauhid, erigida en una vieja casona de dos plantas sobre la adoquinada calle San Nicolás, en el mismo barrio de Floresta. La inteligencia señalaba que Rabbani la presentó con El Reda y fue quien los casó.

Karina, hermana de Silvina y también militante del islamismo radicalizado, estaba casada con otro de los hermanos El Reda, Hussein, y habían vivido juntos en Colombia. En Buenos Aires, había trabajado en la librería de la mezquita y era secretaria del sheij Rabbani. “Los jueves, pasadas las 23:30 se reúnen en la Mezquita a leer, estudiar y comentar la filosofía y el pensamiento del Ayatolá Khomeini”, informaban los espías.

Los Sain, junto con sus primos, los Assad, ocupaban un rol central en la comunidad libanesa chiíta y serían señalados como “el apoyo local” para los planes de Rabbani, al igual que los hermanos El Reda.

Tras el casamiento, El Reda y Silvina vivieron en Colombia, Foz de Iguazú y Buenos Aires. Él viajó varias veces al Líbano. En 1994, residían entre Foz y Ciudad del Este, vecinas a Puerto Iguazú, provincia de Misiones, Argentina. Pero ese año, todo cambiaría.

En enero, El Reda volvió a Buenos Aires. En junio, regresó a Foz para escoltar a Silvina y sus hijos hacia el Líbano. Sólo él regresó. Se alojó en la casa de sus suegros, sobre la calle Morón,

en Floresta, y en otra vivienda familiar de la calle Campana, en el mismo barrio.

El 1° de julio de 1994, El Reda asumió así su nueva función en Buenos Aires. Fue señalado como el coordinador entre las células dormidas y el responsable de instrumentar la concreción de una nueva misión terrorista.

Tras regresar del aeropuerto, entró en el Bauen y a las 14:15 utilizó uno de los teléfonos del hotel para llamar a otro contacto de su red, vía Nueva York. Se comunicaría con ese número tan asiduamente como con el de Marques. Era un número troncal o identificador de ruteo, habilitado para acceder en Estados Unidos a líneas locales desde el exterior. Nunca se pudo establecer a quién reportaba desde allí.

Esa tarde, se movió a la sede central de la empresa telefónica, la ex Entel, en el edificio de la esquina de avenida Corrientes y Maipú, a trescientos metros del Obelisco. Desde los teléfonos públicos para llamadas internacionales en la sede de la compañía recién privatizada, llamó nuevamente a Marques y a Nueva York. Eran las 17:20. También llamó al Líbano; a otro teléfono de Foz de Iguazú que la inteligencia adjudicó a vínculos con Hezbolá; y a Khurd Salman El Reda, otro de sus hermanos, quien vivía en Alemania, casado allí con una nacional.

Tanto el teléfono de Marques como el de Nueva York jamás habían recibido comunicaciones desde Argentina hasta aquel 1° de julio y nunca más volvieron a recibir llamadas desde el país después del 18 de julio. Los últimos llamados se ejecutaron apenas unas horas antes del atentado en la AMIA.

A El Reda se le endilga la misión de transmitir información indispensable para la ejecución del hecho, coordinar los ingresos y egresos de sus cómplices, y organizar la logística tanto a nivel local como con sus contactos en la Triple Frontera. El nuevo atentado estaba decidido. El Reda debía coordinar desde el lugar todo lo relacionado con una camioneta cargada de explosivos que tendría como destino el edificio de la calle Pasteur, en el barrio de Once.

Logrará su misión diecisiete días más tarde, aun cuando, a sus espaldas, los servicios de inteligencia locales lo vigilaran, a propósito de la investigación del atentado a la embajada del Estado de Israel, el 17 de marzo de 1992.

Desde entonces, el libanés y su familia eran uno de los objetivos de la Secretaría de Inteligencia de Estado, la SIDE. La mezquita de Rabbani, a la que asistía la familia de su esposa y todos sus vínculos, estaba vigilada. Rabbani también estaba vigilado. La casa de sus suegros estaba vigilada. Su otro hermano, José, estaba vigilado y también sus otras relaciones y todos los domicilios a los que concurría. Toda esta minoría libanesa chiita de Floresta era objeto de un intenso seguimiento de los servicios de inteligencia por aquel atentado y ante la sospecha de su relación con Hezbolá.

Los movimientos en la mezquita y en especial, de los El Reda, los Sain, los Assad y Rabbani, se registraban en numerosas carpetas que vestían la operación Jericó. Los objetivos: el Centro Cultural de la embajada de la República Islámica Irán en Buenos Aires, Rabbani, la propia embajada de Irán y la mezquita de la calle San Nicolás. Acumulaban pedidos de informes sobre personas, automóviles y abonados telefónicos. Los agentes de inteligencia revisaban hasta los tachos de basura.

Sostenían que la infiltración delictiva de la inteligencia iraní y el Hezbolá había comenzado a tener lugar en Argentina a mediados de la década del 1980. Y que esa supuesta red de espionaje se transformó con el tiempo en una verdadera “estación de inteligencia”, para cuya formación se valieron de la embajada de Irán en Buenos Aires y su Consejería Cultural, junto a “elementos extremistas” que frecuentaban las tres mezquitas chiitas: “At-Tauhid”, en Floresta; “Al Imán”, en Cañuelas; y “El Mártir”, en San Miguel de Tucumán, todas ellas también controladas por la inteligencia.

Mientras los registros de las vigilancias y seguimientos se acumulaban en las oficinas de la SIDE y se preveía que Hezbolá tenía ya organizado un grupo con posibilidad de atacar otra vez, El Reda comenzaba a coordinar un nuevo atentado en Buenos Aires.